

COSAS  
COSAS  
RARAS  
RARAS

Todos los personajes, diálogos y situaciones que  
aparecen en este relato son pura coincidencia.

Cualquier parecido con la realidad es imaginario.

- Yo lo veo así. Te sientes perdido, como en una *jungla* o en un *desierto*. Te sientes solo en el mundo. Y quieres, deseas, encontrar a tu alma gemela, a tu... *Alter ego*. Pero desconfías de las personas, digamos que... Bueno, por las circunstancias de la vida, que te han llevado a eso. Entonces, piensas que todo el mundo está manchado de mierda. Todos son... unos... ¿*mierdosos*? El caso es que decides que no te importe, y por eso coges su mano y te vas con él, porque no te preocupa que te salpique con su mierda o acabes oliendo la peste que huele él, porque... Porque piensas... No, porque acabas entendiendo que la mierda es algo superficial y que lo bueno está por dentro, y eso es lo que quieres... Lo que finalmente decides que tienes que buscar: el valor del interior de las personas. Y el paquidermo - por qué utiliza esa palabra, no tengo ni idea y prefiero no pensar en ello- es como un símbolo... Un símbolo que representa a la sociedad, de la cual todos... somos... sus hijos -termina su discurso, Cristóbal, satisfecho, ¿orgullosos?, espero que no (*dios mío*).

Y que conste que yo no he empezado todo esto.

- Tu tesis no está mal del todo -quien habla ahora es Ignacio, “Nacho” para *sus amigos*, y no sé cuando empezó a utilizar palabras como “tesis”-, si exceptuamos el hecho de que, ¡estamos hablando de Carlos! -que soy yo-, y no de una chica con un corazón de oro. Cristóbal, ¡por el amor de Dios!, ¿de verdad piensas que a nuestro “amigo Carlos” -espero que lo diga en broma- le puede interesar el interior de la gente? ¡No seas absurdo por Dios, Dios, Dios!

- Hombre, tampoco hay que... -debe ser Víctor, vamos, supongo.

- No has entendido lo que he estado diciendo, ¿verdad, Nacho? - es Cristóbal a Ignacio - La “mierda”, es sólo superficial; pero “por dentro”, en realidad, Carlos es... - me mira, yo le devuelvo la mirada con cara de asco, y él acaba apartando la vista resignado- Tienes razón -se lo ha dicho a Ignacio.

- Mirad, dejadlo, ya, ¿vale?, ¿entendéis? No importa.

- Claro que importa, hombre - me contradice Felipe. Y entonces adivino que va a aportar su propia opinión, y miro al cielo, hay nubarrones negros, lloverá con seguridad, y yo no llevo el paraguas en la mochila, porque no hace sol, claro está, y aunque estoy intentando no escuchar a Felipe, no puedo (por qué será, *maldita sea*), así que le escucho. Estamos en cafetería, la facultad, por la tarde, y sólo tenemos chicos, lo que me deprime aún más, pero tengo la idea de que cuando llegue a casa me bajaré una película porno de Internet y me haré una paja, pero ni eso hace que acepte con mejor humor el comentario de Felipe.

-...por lo que es evidente - está diciendo cuando he parado de pensar- que te preocupa tener una relación sexual con una chica porque tienes miedo de que tenga un hijo, lo cual sería una *mierda*, traerlo a este mundo que parece una *jungla*, y tener que ocuparte de él *llevándole de la mano por el desierto* que es esta sociedad.

Termina, y creo que me está mirando esperando mi valoración al respecto. Después de un momento de duda le contesto, sólo para que deje de mirarme.

- No y punto.

Pero ellos están decididos a que no sea así.

- Hay algo que no encaja - señala Ignacio.

-Sí yo creo que... -¿Víctor?

- ¿Qué no encaja? - es, “rebotado”, Felipe- Todo encaja a la perfección.

No hay nada que no encaje, *maldita sea*, no lo hay...

- Tengo una cabeza de mujer en mi nevera. - no hay dudas, es Víctor.

- Sí, el elefante -Ignacio replicando a Felipe; agradezco que él no haya utilizado la palabra “paquidermo”-. ¿Qué significa ese jodido “bicho”, por el amor de todos los santos? No sé, a lo mejor, es una especie de... ¿orientación sexual oculta?

Uno se ríe, otro dice “Eh, eso tiene sentido”-creo que es Cristóbal-, y en-

tonces decido poner fin a todo esto antes de que llegue más lejos.

-No, no tiene sentido, el *puto sueño* no tiene ningún sentido, y si lo tiene no me importa, y como no me importa, y es *mi sueño*, pues vosotros, bueno, tenéis que respetar eso.

Y después de decir esto, pienso en lo mucho, *muchísimo*, que me arrepiento de ser tan bocazas, porque aunque la culpa no haya sido mía, porque yo no he empezado esto, sino que han sido ellos cuando hacecuánto, ¿diez, quince minutos? ¿Acaso tendría que haberlo cronometrado, eh?-un momento, se han puesto a hablar de los sueños: que si todos tienen un significado, que si algunos predicen cosas, que si significado tienen algunos, que si cosas predicen todos; y entonces me he acordado de un sueño *rarísimo*-pero raro de cojones-, que tuve la otra noche, y en el que estoy en una especie de jungla, o bosque, no sé, sólo recuerdo mucho verde, y estoy perdido porque no sé qué hago allí, y de repente se me acerca un elefante gigantesco, rosa, y se pone justo frente a mí, mirándome fijamente a los ojos, y yo no hago nada, sólo me quedo quieto, esperando que él haga cualquier cosa, y entonces me dice algo, y aunque sé que no es

un ruido como el que suelen hacer esos animales, ni como el que haría cualquier otro, sino que son unas palabras, unas “palabras humanas”, no entiendo su significado, y sigo quieto, esperando de nuevo a ver qué ocurre, y miro a mi alrededor y la jungla ha desaparecido, y ahora estamos-el elefante y yo- en una especie de descampado, o en un desierto, no sé, en medio de la nada en realidad pues no hay ningún paisaje identificable, y de repente, el elefante se pone a hacer unos movimientos y unos sonidos muy extraños, como guturales, de dolor-yo lo miro imperturbable, como siempre-, y en cuestión de segundos da a luz a una criatura, aunque en realidad parece que la caga puesto que ha aparecido entre un montón de mierda, y la criatura en sí misma está toda cubierta de mierda-caliente, húmeda, como la que te sale cuando tienes diarrea-, de modo que es imposible discernir qué clase de persona es-podría ser un hombre, una mujer, las dos cosas, podría ser yo, o podrías ser tú-, pero el caso es que enseguida que ha sido defecado, el “mojón viviente” se acerca a mí, me coge de la mano y empezamos a caminar, alejándonos de allí, y miro hacia atrás y el elefante rosa ha desaparecido, y seguimos caminando, miro a mi acompañante, y le pregunto... Nada, porque me despierta la *hijoputa* de mi vecina que otra vez ha vuelto a poner la radio a las 8 de la mañana y enton-

ces me tengo que cagar por enésima vez en sus muertos, y tal como me han ido viniendo estos recuerdos a la cabeza se los he ido contando a los chicos, y nunca, *nunquísima*, tendría que haberlo hecho.

- No es para ponerse así -me está diciendo Cristóbal, y me pregunto cómo supone él que me he puesto-. Encima que lo hacíamos por ti, por... Ya sabes, por que no te quedaras con la incertidumbre esa de no saber qué significado tiene *tu* sueño.

- Ya, Cristóbal -empieza Ignacio, adelantándoseme-, pero olvidas que Carlos es un escéptico. Él, a diferencia de nosotros, no piensa que *su* sueño tenga algún significado. De hecho, *cree* que nada lo tiene. Está convencido de que todas las cosas que le pasan y le tengan que pasar en este mundo carecen -¿carecen? ¿Ha dicho carecen? ¿Es mi imaginación? ¿Qué le han echado al zumo que estoy bebiendo?- de sentido. ¿Me equivoco, amigo Carlos? - se está pasando.

- Yo creo que no -contesta, usurpándome, Felipe-. Nacho tiene razón, Carlos, eres un desilusionado de la vida.

- Uno -intervengo de una vez, antes de que a Víctor ni se le pase por la cabeza la osadía de hacerlo por mí-, *Ignacio* no sólo está equivocado sino que su misma existencia es una equivocación en sí; dos, el concepto “escéptico” y el concepto “desilusionado de la vida” no guardan relación alguna, repito, al-gu-na, con el hecho de que no tenga interés por “descubrir” el “significado” o “sentido” de un sueño raro que tuve la otra noche, cuando eso, es muy posible, que no me ayude a aprobar los exámenes, a encontrar trabajo, o a follar esta noche, y a eso, prefiero llamarlo “pragmatismo”; tres, aunque el sueño tuviera un significado y éste me sirviera para algo en la vida, dudo, y dudo *muchísimo*, que vosotros sepáis hallarlo, o, en ese caso, mucho menos, convencerme de ello; cuatro, la otra vez pasé por un kiosco y vi la nueva portada de *Interviú*, que era una tía con un par de tetas *grandísimas*, y en lugar de ponerme cachondo pensé lo malo que tiene que ser eso para la espalda, y es algo que me preocupa desde entonces, el pensamiento, y no la espalda de la chica, claro; y cinco, sea lo que sea lo que esté pensando Víctor que va a decir, que no lo haga, por favor.

Termino, y enseguida me doy cuenta de lo que acabo de hacer, y una sen-

sación de agobio me domina por completo, y noto el estómago como hundido, machacado, y transcurren al menos dos segundos en los que todavía albergo la esperanza de que ninguno de *ellos* se halla percatado del fatal error, hasta que Ignacio abre la boca.

- Has utilizado un discurso muy largo, demasiadas palabras, ¿te pasa algo?

Me callo, aturdido por la terrible evidencia, incapaz de escapar de ella, ni aunque me imagine atando una soga a mi cuello que después cruje cuando caigo.

Me relajo cuando veo aparecer por la puerta de la cafetería a Azahara. Un 7'5, a pesar del nombre. Delgada, morena, cuerpo pequeño, por lo que manejable, pocas tetas (su gran déficit), y guapa de cara, aunque esto último sea lo de menos. Nos ve y viene a sentarse con nosotros, a la par que nos dice más o menos lo que viene a continuación.

- ¡Hola, chicos! -algunos le *devuelven* el saludo, otros no lo *hacemos*-  
¿Qué tal? ¡Por fin viernes, estaba loquita, vaya semana! Saldremos, ¿no?

¿Tenéis algún plan? -y termina de sentarse.

Pienso que para compensar el mal rato que estoy pasando podría emborrachar esta noche a Azahara e intentar follármela. Aún así sigo manteniéndome firme en lo de *bajarme* la peli porno y hacerme dos pajas.

Dije que eran dos, ¿verdad?

- Podríamos hacer un botellón -propongo, y...-. Tengo unas ganas de meterme Whisky en el cuerpo -... animo.

- Mmm... -empieza a disentir, Aza(ja, ja, ja)hara-. Es que hace mucho frío. ¿No queréis ir al cine? Hay una peli muy buena -posibilidades de follar con ella disminuyendo alarmantemente-. Va de un tío que se muda a una casa donde hay una puerta que da a otra dimensión, y cuando la cruza, se mete en un mundo rarísimo, en el que nadie vive con nadie, no hay matrimonios, ni familias, sino que todos están solos, y los niños viven en la escuela, pero no tienen profesores, sino ordenadores particulares, que son los que les enseñan, y hay un sitio, que debe ser como un campo de fútbol o algo así, muy grande, donde va mucha gente, y donde les ponen la imagen

de una cara gigantesca -en lugar de “la gigantesca imagen de una cara”- que les habla durante horas y horas y ellos le escuchan de pie con atención pero sin hacer nada más, y entonces, el “protá”, descubre que en realidad no se trata de otro mundo, ni otra dimensión, sino que lo que ha hecho es viajar al futuro, pero sigue estando en la Tierra, y no sé, un montón de cosas más -¿Sí? ¿Cuánto dura la película, doce horas? Si se la sabe, ¿por qué coño quiere ir a verla? Aún así:-. Pues eso, podríamos ir, y después de verla, irnos a algún pub a tomarnos unas cervezas -menos mal, puede que haya alguna posibilidad a fin de cuentas.

- Pues la verdad que... -ya sabéis quién.

- Vaya una película rara -Cristóbal o Felipe, uno de los dos, a saber-. A ti es que sólo te gustan así, ¿no? La última vez que fui al cine contigo los personajes hablaban todos una lengua extraña y en el borde inferior de la pantalla aparecían como... ¿Qué eran? Ah, sí, como palabras y frases, ¿os lo podéis creer? No sabías si estabas viendo una película o leyendo uno de esos... Se llaman libros, ¿verdad? ¡Qué raro, Dios santo y bendito también!  
-ah, vale, pues era Ignacio, *mea culpa*.

- Anoche me comí medio cerebro humano. La otra mitad se la di a mi perro. -de éste no hay dudas.

Felipe me mira, durante un segundo, menos puede, y luego, para mi desesperación, mira a Azahara, y antes de haga el gesto de abrir la boca para empezar a hablar yo ya he comprendido qué es lo que pretende, pero me pregunto: “¿cómo puedo evitarlo?” y “¿puedo evitarlo?”, y para cuando termino de hacerlo, ya es demasiado tarde.

- Oye Azahara, para raro, raro, el sueño que tuvo éste -“éste” soy yo, aunque desearía no serlo-. ¿Te lo ha contado?

Ella niega con la cabeza, entonces uno de los chicos, o dos, o todos, me piden que le cuente el sueño, y yo les pido, que *por favor*, en Europa del Este los pisos están más baratos, hay mucho trabajo y no se come tan mal, así que ellos deciden por su cuenta contarle el sueño a Azahara, y tengo la fortuna de que lo hacen mal, y cada vez que me preguntan “¿era así?” yo asiento-de hecho, creo que el único que ha entendido bien el sueño ha sido Víctor, por lo que no tengo que preocuparme-, así que, el resultado

nuevo y final es que estoy dentro de un elefante que me caga en la jungla y después me voy con él al desierto que es el único lugar del mundo en el que *no hay agua* con la que poder *lavarme*. Y en fin, podría haber sido peor, podrían haber contado el sueño bien.

- ¿Qué piensas sobre... ello? - le pregunta a Azahara uno, probablemente Cristóbal.

Ella, después de hacer unos extraños movimientos con los globos oculares, y con los labios, acaba contestando *algo* que me deja muy impresionado:

- Pues no sé, la verdad... ¿A qué hora quedamos para sacar las entradas? - siendo esto una de las cosas más inteligentes que he escuchado, no en el día, ni en la semana, sino en semana y media, por lo menos, lo cual hace que, bajo mi punto de vista, Azahara pierda mucho atractivo, aunque no por ello dejé de plantearme el hecho de que esta noche puede que intente follármela.

- Si tu sueño tuviera un final, eso nos facilitaría mucho las cosas, Carlos -  
¿me recrimina, Felipe?

- Sí, es verdad. ¿No intentaste, es decir, cuando te despertaron, no intentaste dormirte de nuevo?

La pregunta me hace sentirme muy desorientado, enormemente confuso, e incluso creo que me estoy mareando, como si en cuestión de segundos hubiera hecho el recorrido de una montaña rusa con los párpados sujetos por pinzas para no poder cerrarlos. Aún así, no vomito, e intento comprender.

- ¿Qué -digo, separando mucho las palabras unas de otras- intentas decir con eso, Ignacio?

- Soy Cristóbal.

- Perdona, Felipe. Volveré a insistir. Verás, no entiendo la finalidad de tu pregunta. ¿Qué has querido decirme?

- Bueno, pues sencillamente que -me contesta *él* (quién sea), y yo hago un esfuerzo *grandísimo* por escucharle con la máxima atención posible y no perder el hilo de la secuencia de palabras que articula aunque ésta no parezca tener ningún sentido-, hay veces en las que si estás soñando, y te despiertas, por la razón que sea, puedes volver a intentar dormirte para continuar el sueño por donde se quedó.

Termina, y después de unos segundos en los que espero alguna aclaración más, al final no se produce, y suspiro, cansado, *muy* cansado. Y aunque os juro que estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano por captar el mensaje que *ese* extraño individuo intenta trasmitirme, el estómago me da muchas vueltas, y estoy a punto de vomitar, eso sí, encima de él lo haría, claro.

- Vamos a ver, ser singular, sencillamente, lo que postulas, es inverosímil -y dándome cuenta de mi inadecuado (aunque perfecto) léxico, facilito:-. Quiero decir, que *eso* no puede hacerse.

- Sí que se puede -¿podríamos sacar dinero mostrándolo al público como mono de feria?-. Estás equivocado. Yo lo he hecho.

Vuelvo a suspirar, y me atrevo a seguir con la discusión, sorprendiéndome a mi mismo ante tanto don de paciencia.

- Seguramente esto se debe a un malentendido. Es muy probable que hayas confundido la mente humana con un aparato de video en el cuál, si metes una cinta o un *dvd*, y empiezas a verlo, lo puedes detener en el momento que sea, si es que te apetece ir al baño, o están llamando al teléfono, o has decidido muy inteligentemente tirarte por el balcón para dar fin a tu triste existencia, y acto seguido, una vez finalizada cualquiera de estas actividades, puedes reanudar la proyección por donde se quedó, tú mismo, o algún familiar próximo en caso de muerte repentina. Pero un sueño -termino ya, que no quiero cometer el error de antes-, no es un *dvd*. Ha quedado claro -no pregunto.

- No es verdad -¿por qué, *Dios*, permites que siga existiendo?-. Yo -él, ser patético y mezquino donde los haya- lo he hecho, ¿vale? Ha habido veces en las que estaba soñando, me he despertado, me he vuelto a dormir, y he seguido con el mismo sueño. Si lo haces rápido, funciona. Vamos chicos, decídselo.

- Creo que hay una posibilidad de unir vuestras dos teorías -Felinio.

- ¡Dios de Dios de los Dioses! -Ignaciope.

- Chicos, que hoy es el estreno, mira que se van a acabar las entradas -  
Arahazarawara.

- De verdad, en las últimas semanas me cuesta más frenar mis ansias de matar gente. -qué pesado.

Está bien, ya por ansiedad aunque sea, voy a explicar que Víctor no es ningún psicópata sádico homicida-más quisiera él-, sino por el contrario, el tipo más vulgar, aburrido y vulgar-aburrido que conozco, y mira que hay competencia. Es tan así, que fue al poco de conocerle cuando nos dimos cuenta de que escuchar sus típicos y repetitivos comentarios era una pérdida de tiempo lamentable, así que, aunque no le prohibimos compartir el mismo espacio físico con nosotros, por simple y sencilla piedad humana, le ignoramos siempre que podemos, que quiere decir siempre. Pero un día, Víctor tuvo la-por qué no reconocerlo-genial idea de, para llamar nuestra

atención, empezar a decir cosas del estilo “le he sacado los ojos a una quinceañera y la he obligado a comérselos antes de que muriera desangrada” ó “eché ácido sobre el pene de una de mis víctimas y los dos vimos cómo se desintegraba lentamente”, mensajes que al principio provocaron en nosotros un cierto estado de incertidumbre que Víctor aprovechaba para decir a continuación lo que en realidad estaba queriendo expresar. Fue original, incluso agudo, y llegó a hacernos gracia durante un tiempo, pero todo lo bueno se acaba querido Víctor, así que no tardamos mucho en habituarnos a tus sádicas citas y volver por tanto al estado inicial de ignorancia hacia tu persona, y ni aunque nos dijeras cosas del tipo “le he sacado todos los dientes a una mujer con una tenazas y luego le he rajado toda la piel con ellos” ó “cogí a un tío y le clavé la lengua en la pared y luego tiré de él hasta que se la arrancó”, volviste, ni volverás a llamar nuestra atención, Víctor, entérate.

Miro al exterior. Ya está lloviendo, no falla. Mientras compruebo esto, y me amargo, escucho *sus* susurros conspiradores contra mí: “El elefante, eso tiene que ser la clave”, y “sí, ¿pero por qué rosa?”, además de “es un símbolo”, y repiten con marcado acento fantasmagórico “un síímbolo”. Y

entonces decido intentarlo, que por intentarlo tampoco se pierde nada.

- Oye -toso, y trato de esgrimir una sonrisa natural, aunque me da la sensación de que me sale muy, pero que muy falsa-, “Nacho” -traiciono mis principios-, ¿me acercas, ahora cuando nos vayamos, hasta casa?

- ¿Qué? -tose, se pone nervioso, pero esgrime una sonrisa que le sale mejor que a mí, creo- Lo siento, no puedo. Es que me voy a pasar por el centro a... -piensa, bastardo, piensa-. Hacer unas cosas-y enseguida que termina me pregunto si el mundo no estaría mejor si no existiese Ignacio; el mundo en general, me refiero, y no *mi* mundo, pues de eso no hay ninguna duda.

Y después de mi intento frustrado de no mojarme-madre mía la que cae, a lo mejor tengo suerte y me ahogo-, *ellos* siguen confabulando, conspirando en mis narices. Pero me da igual, porque me he puesto a pensar en mis cosas, y como suele pasarme, me he empezado a hacer un montón de preguntas, como por ejemplo: ¿de verdad que no estaría mejor *vuestro* mundo sin una persona-y cuando digo “persona” quiero decir un insulto-

como Ignacio? ¿Eran tres o cuatro las pajas que tenía que hacerme mientras me veía la peli porno de Internet? Dejémoslo en tres que no quiero saturarme. ¿Tengo suficiente dinero como para invitar a Azahara a suficientes cervezas para emborracharla y después poder tirármela? Estoy recordando que la otra vez estuve en casa de Víctor y olía mal, muy *raro*, como a podrido, y es por ello que no pueda evitar hacerme una interesante pregunta: ¿qué coño hacía yo en casa de Víctor? Además de: ¿Deben Owen y Ronaldo jugar juntos? Según mi opinión sí, y Raúl al banquillo, pues su carrera como futbolista está acabada, pero por otra parte yo soy del Barça, así que mejor que juegue Raúl y que vuelva Anelka, por favor. Y pensar en futbolistas me lleva a recordar lo desgraciado que soy yo y lo felices que son ellos, y entonces me digo: ¿soy yo más infeliz aún que los habitantes de los países pobres? En fin, a ellos les falta comida, y a mí ilusión, expectativas, un coche para no mojarme los días de lluvia... Yo creo que si lo ponemos todo en una balanza ellos salen ganando. Sólo me consuela el hecho de que muy posiblemente, las cuatro personas y media con las que estoy compartiendo mesa en esta cafetería donde sirven zumos envenenados tienen aún una vida más patética que la mía, pues sólo así se explica que todavía le estén dando vueltas a un estúpido sueño, con la

finalidad supongo de distraer así la atención del vacío existencial que les devora. ¿Es que no se dan cuenta de que el elefante rosa soy *yo*, y de que el “pino humano” también soy *yo*, y que yo soy *yo*, y que todo en el maldito sueño es lo mismo, porque es mi sueño y yo lo he querido así, y que por tanto, buscarle un sentido, una explicación, una lógica, o un significado al sueño sería como querer buscármelo a mí-¡a *mí!*-, lo cual resulta irrisorio y surrealista hasta el infinito, el infinito, el infinito... es que no se dan cuenta? Claro que no. Y pretender explicarles esto sería tan inútil como escribirlo en un texto para que alguien lo leyera. Pero ahora me doy cuenta de una cosa. Me doy cuenta de que, quizá todo esto en realidad, es como un sueño, y que igual que en mi sueño, tampoco tiene un